

## **Entre la memoria y el olvido: recorriendo Álamos en busca de la magia**

Ana Gabriela Rodríguez Pérez\*

### Introducción

Álamos, ha estado presente en el imaginario sonorenses como una hermosa ciudad colonial, relevante en nuestra historia. Llegó a ser considerada la ciudad más importante de Sonora, debido a la gran riqueza generada en el auge minero. Sin embargo, a principios del siglo XX, la sobreexplotación, el decremento del precio de la plata y las crisis económicas hicieron que la minería dejará de ser la actividad central económica, por lo que desde mediados del siglo XX, el turismo empezó constituirse como una opción viable para la reactivación económica (Lagarda 2010), tendencia que sigue siendo vigente en el presente.

La ciudad de Álamos se ha erigido a partir de la riqueza económica y simbólica de sus habitantes, dando como resultado un lugar en donde los edificios cuentan la majestuosidad de otros tiempos; en donde se tejen leyendas, cuentos, relatos que intentan preservar la subjetividad de vivir una realidad alterna suspendida en el tiempo del auge minero.

De tal manera que, siguiendo la tendencia nacional de promover el desarrollo a través del turismo, y teniendo en cuenta las particularidades de la ciudad, se promovió la inclusión de Álamos en el Programa Pueblos Mágicos implementado por la Secretaría de Turismo, objetivo cristalizado en 2005.

En este marco, nos dirigimos a Álamos para recorrer el pueblo mágico e identificar los elementos principales del montaje turístico. Reconocer la ciudad imaginada en la ciudad física, (re)significar la experiencia y construir sentido a través de una mirada que busca algo más que una fachada. Porque como Méndez señala: “en el recorrido de la ciudad verificamos la historia del mundo, reencontramos las representaciones que confirman la repetición vuelta regularidad, que incluye y hasta preludia la sorpresa del accidente vuelto atractivo turístico” (Méndez 2010, 5).

Definiendo el itinerario, entre la memoria y el olvido

La secuencia simbólica del itinerario es un continuo que va de menos a más, construye la realización del viaje. Peregrino y turista realizan la trama sobre un guión establecido que carga de sentido el tramo a recorrer, y, en la menor de las ilusiones, da sentido a su vida, o a un fragmento de la misma. El mapa mental prefigurado se plasma en experiencia sobre una topografía con los relieves propios de llanuras, montes, ríos, estancias y cantidad de figuras erigidas para reforzar el andamiaje unidireccional (Méndez 2010, 5-6).

Cabe señalar entonces que el recorrido empezó en la memoria, en los recuerdos de noches frescas de verano que se esfumaban al contar historias de fantasmas cobijados por las estrellas; en la remembranza de anhelar llegar a la Alameda después de recorrer la interminable vereda para disfrutar una nieve de limón. Álamos significaba alegría, libertad,

disfrute, convivencia familiar en un espacio-tiempo detenido, en un clima y lugar tan distinto al mundo cotidiano y caluroso de Hermosillo.

Diez veranos, una infancia, experiencias grabadas en la memoria y el anhelo por regresar algún día. Álamos se dibujaba y desdibujaba a través del tiempo, de una historia de vida.

El primer reencuentro con la ciudad se dio en el año de 1999, escenario perfecto de un viaje fotográfico, recorrí el municipio con cámara en mano, buscando inspiración en las construcciones antiguas, la vida cotidiana y las viejas raíces y ruinas de La Aduana; el segundo, se dio en 2005 (pero antes de que Álamos se considerara Pueblo Mágico) al asistir al Festival Alfonso Ortiz Tirado, recorrí sólo el escenario montado para el turista y debo confesar que me siguió conquistando la frescura nocturna y el romanticismo de la iluminación amarilla de la Alameda, la Plaza, el Kiosco, alicientes para viajar un siglo o dos atrás en tiempo y experimentar un pueblo con esencia, lleno de vida, en dónde incluso las piedras relatan su historia.

Sin embargo, en ambas ocasiones faltó algo: visitar la calle Hidalgo para encontrar la casona blanca con sabor a nostalgia en donde pasé los veranos de mi infancia, asignatura pendiente para un nuevo viaje.

La oportunidad se presentaría en 2011, el objetivo sería recorrer la ciudad, analizarla y relatar la experiencia. Es necesario admitir que desde la subjetividad del recuerdo se eligió el recorrido en busca de la magia que en él habita, la idea sería experimentar una ciudad conocida y lejana a través de una mirada metodológica de la ciudad turística, partiendo del *itinerario imaginario*<sup>1</sup> que busca:

---

<sup>1</sup> Concepto retomado de Méndez, *Topografía de la ciudad turística: un itinerario* (2010, 6).

Mostrar la continuidad de la superficie a través de diferencias y desarticulaciones que aparecen a manera de intersticios: espacios de liga y distanciamiento. Las franjas reconocibles por su uniformidad visual ofrecen mesetas: homogeneidades aparentes de complejidades ocultas tras la epidermis a la mano. Cada vez con mayor frecuencia accidentes y regularidades se igualan gracias al tinglado: estructuras edificadas para exhibir decorados efímeros. El conjunto del trayecto se distingue y organiza por emblemas: figuras únicas que marcan el todo. Mas el conjunto se escancia, se dosifica por distancias atribuidas a jornadas que se anclan en lugares: fragmentos de espacio identificables por el nativo que se los ha apropiado. Las figuras mencionadas se hilvanan en el itinerario: recorrido anticipado que tiene, además, una lógica propia de organización para preservar lo imaginario de la experiencia. (Méndez 2010, 6)

Al llegar a Álamos el primer elemento observado es un tinglado, una fachada de arcos cuya presencia sólo se explica como un elemento más en la construcción de un escenario turístico, en donde la construcción sirve de telón para separar la hostilidad de la carretera con escasa vegetación del *maravilloso pueblo mágico* al que habremos de adentrarnos.

Continuamos el recorrido y observamos la cara más reciente de la moneda: centro deportivo, Cobach, el hospital, algunos comercios, el banco, para llegar a la Alameda, el corazón de la actividad económica y comercial, de la vida cotidiana, una parte de la ciudad que recorrida diariamente por los habitantes pero visitada por los turistas sólo por necesidad.

El itinerario turístico nos guía hacia la Plaza Principal (los mojones, la circulación de las estrechas avenidas, todo dispuesto para que uno se dirija al espacio bonito, al lugar

destinado para pasear y disfrutar). Estacionamos en automóvil frente a los portales, y nos dirigimos a un restaurant en donde no sabemos a quién solicitar el servicio, porque las únicas personas presentes (tres mujeres) están sentadas en la mesa de al lado platicando y una de ellas entona una canción de desamor. Dos de las tres mujeres se levantan, una se dirige hacia dentro del restaurant y nos entrega las cartas, la otra vuelve a su puesto de artesanías, y la tercera continúa cantando.

En este contexto, la práctica espacial en el restaurant es poco reconocible para el visitante acostumbrado a una división del trabajo y del espacio más definida, a la lógica de la ciudad donde quien ofrece el servicio no ocupa el lugar del cliente y el cliente no puede ocupar el sitio de quien ofrece el servicio.

En Álamos los códigos, los tiempos y las prácticas espaciales son distintas, menos claras, por ejemplo: el museo costumbrista no abre sus puertas los martes, una tienda de ropa ubicada debajo de los portales tiene horario de atención de 10 de la mañana a 1 de la tarde, los autobuses de la central no tienen muchas corridas y a veces es necesario esperar horas para poder salir del pueblo. Existe una especie de exilio o autoexilio, una ruptura en la comunicación entre la comunidad y la sociedad, entre el tiempo tradicional y el de la modernidad.

Estas lógicas se observan de manera más clara cuando rompemos el itinerario y cruzamos la frontera que divide la ciudad del turista de la ciudad del habitante, cuando saltamos el borde y atravesamos el puente del arroyo La Aduana, para observar la ciudad que se construye a partir del reclamo de un lugar para vivir, un lugar para habitar y no transitar, un lugar (re)significado en el día a día, pero también un lugar que se escapa de la memoria colectiva y que vive en el olvido: la *otra ciudad*.

Para llegar a la otra ciudad, es necesario salir del montaje turístico por lo que, salí de la plaza, caminé por el callejón del beso, pasé de largo la alameda y crucé el puente rosa erigido para sortear el río, estructura en apariencia sobrada (el agua no corre más por el seco cauce), estructura que nos recuerda la época en donde el río constituía el borde natural para separar la sociedad de la naturaleza, la zona habitada de la no habitada.



Fig. 1. Mapa del folleto turístico *Álamos Escenarios de Leyenda*



Fig. 2. Trazo del recorrido personal en Álamos.

Camino hacia el sur y observo ausencia, la espalda de la ciudad-viva, y entro lentamente en el espacio-muerto, intersticio:

1. Una pequeña construcción se asoma en un gran lote, la Iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de pie y en proceso, abandonada, olvidada (se despliega un cartel donde se solicita apoyo económico para concretar el proyecto). Botellas de cerveza, basura, polvo y un letrero para recordarle a la gente la *santidad* del lugar y con ello exhortar al buen uso del mismo, evitando tirar basura, consumir bebidas embriagantes y llevar a cabo actos de vandalismo.

2. A partir de la esquina 16 de septiembre y Macías decido seguir hacia el norte por la calle Macías, me adentro en una colonia antigua poco uniforme, con algunas construcciones de estilo colonial y otras de líneas simples. Hay casas bien conservadas y otras están descuidadas, pero el lugar en sí, se siente familiar, se lee habitado: una panadería, una tortillería, una carnicería con nombres que realzan lazos comunitarios o familiares y fortalecen el sentimiento de tranquilidad y seguridad al transitar por este ambiente cálido.
3. La calle Macías presenta una bifurcación, y elijo seguir por la calle menos transitada, Estación. En la esquina de estas dos rúas una construcción de ladrillo abandonada sirve de preludio para la ciudad olvidada, la otra cara: una casa, un baldío, una tienda, un baldío, un rancho, polvo, matorrales, expendio de paja Rancho Dolisa, de manera general, espacio intersticial.
4. En la esquina de Estación y Jade se erige una Iglesia contra esquina de una escuela, en este punto confluyen el sol, el calor, trabajadores de la construcción, niños, autos y también empieza el camino de tierra, edificaciones separadas, casas sencillas con líneas limpias, algunas respetan la idea de la casa hacienda, los arcos, los portales y otros elementos estructurales vinculados a la arquitectura colonial característica de Álamos.
5. Basura, maleza, naturaleza, espacio por conquistar y espacio reclamado por quienes no pueden habitar la *ciudad-símbolo*, el *pueblo mágico* (re)construido para el turista, el extranjero, y el nacional con dinero. La ciudad que recorro es la que no se cuenta, la que no se promociona en el folleto ni aparece en el mapa turístico, la que no se nombra (no hay letreros que indiquen el nombre de las calles) aquella que no

merece ser recordada. Soledad, vacío y desesperanza se transmiten cuando la luz del sol ilumina pero la oscuridad no se ausenta.

6. Donde se acaba el pavimento y sigue el camino de tierra, cuelga un letrero con la siguiente leyenda: Sonora construye, y unas vallas metálicas impiden el paso. ¿El espacio, está a punto de convertirse en lugar por la acción del Estado, o por el cotidiano reclamo de la gente que necesita ejercer su derecho a la ciudad (Lefebvre 1978), a un lugar en donde vivir y sentirse seguro/a?
7. Doy vuelta en Jade y el paisaje cambia un poco, del espacio intersticial, llegamos al espacio habitado, casas humildes y sencillas que difieren del centro, de los portales, de los hoteles en donde se graban telenovelas y películas. De cuando en cuando, se levanta una casa que aspira a “*lo uno*”, altos techos con arcos y columnas que reproducen el imaginario, como si con ello se trasladara la casa a la zona con mayor valor simbólico, como si de esa manera se perteneciera a ese Álamos que se contempla pero que no es asequible.
8. Regresé a la ciudad reticulada, nombrada, es posible leer nomenclaturas interesantes pues las calles de polvo se identifican por medio de piedras preciosas, lo que lleva a cuestionarme: ¿cuál es la intención de llamar a una rúa de tierra diamante?, será acaso ¿(Re)significar la belleza de la austeridad?, ¿nombrar para generar orgullo ciudadano?, ¿denominar para crear sentido de pertenencia al vincular el presente con el pasado auge minero? Sinceramente, el contraste es mayúsculo entre lo que imaginamos al pensar en rubíes, esmeraldas, diamantes, turquesas, y la carencia que apreciamos en austeras calles pobladas por casas con cercos de palos.



9. En la esquina de Esmeralda y Rubí encontramos el Centro de Atención Múltiple (CAM) No. 19, un centro de educación especial que atiende a niñas y niños con discapacidades, al tiempo que ofrece cursos de formación para el trabajo. Un lugar importante, ubicado en el cruce más cercano con la ciudad primera, el cual se constituye en un punto referencial, una marca que nos acerca a “lo uno” y nos aleja de “lo otro”.
10. Al pasar Esmeralda y Turquesa transito por un callejón que me conduce a la calle Hidalgo, y con ello regreso, si bien no al itinerario turístico alamense, si a la ciudad reconocida. En la esquina una casona con enormes jardines se vende, una imagen de disrupción en el paisaje modesto por el que transito. Enfrente un lavado de autos, una tienda, en fin la presencia de actividad comercial y flujo de personas en tránsito que cruzan sus caminos pero no interactúan.
11. Sigo por Hidalgo, y frente a las canchas públicas, yace la casa blanca de mi infancia, de estilo colonial, pero sencilla, descuidada pero no en ruinas y en la fachada cuelga un letrero de venta. Esta casa ya no es el lugar de mi memoria, de pronto se ha convertido en un inmueble silencioso que muestra señales del paso del tiempo, de pronto no se siente tan grande y ya no me invita a buscar fantasmas. El día, la luz, la ausencia... le han robado su personalidad, la casa ahora es una más en la acera.
12. Continuo caminando sobre la calle Hidalgo y ello me acerca a la ruta principal. Sólo veo señales de vida cotidiana, escuelas, tiendas, bicicletas, policía, casas en venta, la capilla que da nombre al barrio por el que transito sin sentir magia. Tal

vez ha sido el día, la hora, el calor, la sed, la nostalgia, pero esta ciudad no es la de mi memoria, ha perdido su encanto y con ello la magia.

13. El recorrido termina cuando llego de nuevo al cruce del arroyo La Aduana, atravieso el puente y entro a la Alameda, al centro económico-comercial lleno de vida.

La experiencia o en busca de la magia

Para buscar la magia es necesario encontrar la legibilidad de la ciudad, encontrar el texto que se construye a partir de elementos imaginarios y arquitectónicos, encontrar la sintaxis en el itinerario a partir de “ver el predominio de la conformación continua de la ciudad construida a pesar de las desarticulaciones, dispersiones y accidentes de la forma evidente” (Méndez 2010, 6).

Por ello, la reflexión gira en torno a la identificación de los discursos contradictorios y a la vez complementarios que sustentan la construcción física e imaginaria de Álamos. Es imposible pasar desapercibidas las lógicas *glocales* que se generan en una ciudad que busca conservarse tradicional para satisfacer la necesidad de autenticidad exigida por el turista y el *Programa Pueblos Mágicos*. En Álamos coexisten muchas ciudades, la de los habitantes originarios, la de los extranjeros (nacionales e internacionales), la de los comerciantes, la de los turistas, la del gobierno, las cuales conforman, de manera general, al pueblo mágico, que debe simular magia porque ese es su emblema.

La soledad, la ruptura de la continuidad y la accidentada configuración de la otra ciudad (esa que yo recorrí), construyen un texto a partir de puntos y aparte, puntos suspensivos, espacios en blanco y escritura infantil, que para el turista resultaría ilegible (aunque existe una gran coherencia, el mensaje es la desigualdad, la exclusión social, la inseguridad... la cruz de la moneda por la que en el juego de azar de la vida no se apuesta) y por ello ha quedado fuera del itinerario montado para él, pues forma parte de lo que no se ve, lo que no se presenta, en resumen, lo que se sale del emblema pero a la vez reafirma con su existencia la relevancia del montaje de Álamos como un pueblo para turistas.

Al recorrer la ciudad entre el olvido y la memoria se devela una nueva: la que se construye con base en discursos y prácticas múltiples, pero siempre respetando la intencionalidad del gobierno por constituir la como un Pueblo Mágico que busca brillar en el mapa mundial por su *unicidad*, la *amabilidad de su gente*, el clima, la vegetación, su localización geográfica, su inmutabilidad, su historia... su encanto.

Se identificó un montaje narrativo que cuenta la historia de un pequeño pueblo minero, que alcanzó prosperidad y notoriedad, riqueza arquitectónica y se quedó congelado justo en sus años de gloria, preservado para ser vivido por los turistas a partir del itinerario que entreteje lugares con los que se configura el emblema: el callejón del beso, la Iglesia, la Plaza, la Alameda, el Teatro de la Ciudad, El Palacio, el Museo Costumbrista y todos los que aparecen en los folletos turísticos.

En Álamos, podría decirse que el primer cuadro, el del itinerario turístico (la ciudad primera), se conforma como una meseta ordenada, limpia, legible. El tinglado está presente en aquello que no es tradicional, colonial, pero que se viste para continuar con la simulación y generar la magia, la sensación del viaje en el tiempo, por ejemplo la cantina

*El amigo del pueblo*, vestida para hacer creer que siempre ha estado ahí y si tomamos una cerveza en su barra estaremos sentados en la misma silla que ocupó un obrero minero en la época de la bonanza.

Mientras que la otra ciudad se construye al cruzar los ríos, en los barrios pobres, las invasiones, el crecimiento por necesidad pero sin planeación, es mayormente en esta ciudad donde aparece el intersticio, lotes baldíos, casas e iglesias abandonadas y rompimiento del paisaje.

Se concluye entonces que, la magia está en el ojo de la persona que mira, pero también se construye en la intencionalidad que esconde la ciudad obscura-pobre y sólo revela la ciudad iluminada-rica, por ello se considera que el discurso emblemático del Pueblo Mágico es exitoso y se reproduce cada vez que se sigue el itinerario turístico. Pero como cualquier otra ciudad, Álamos puede (re)apropiarse, (re)significarse, (re)vivirse y justo en esos procesos es donde la experiencia individual se vuelve imprescindible, porque esa mirada es la que puede escaparse, al salirse del itinerario, del montaje y encontrar nuevas imágenes y rostros escondidos por el tinglado en la sombra, pero que en conjunto pueden ayudarnos a entender las dinámicas y lógicas en las que se reconfiguran las ciudades y los escenarios del turismo.

## **Bibliografía**

Folletos y guías turísticas de Álamos.

Lagarda, Ignacio. 2010. Álamos; un antiguo y portentoso pueblo minero. <http://ssh.org.mx/sitio/wp-content/uploads/2010/07/%C3%81lamos-un-portentoso-y-antiguo-pueblo-minero.pdf> (11 de mayo de 2012).

Lefebvre, Henri. 1978. *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.

Méndez Sáinz, Eloy. 2010. Topografía de la ciudad turística: un itinerario. En *Diálogos Latinoamericanos* (17): 5-22.

Secretaría de Turismo. 2010. Programa Pueblos Mágicos. <http://www.sectur.gob.mx> (12 de mayo de 2012).